

CUENTO

EL ERROR

Lucero Palafox

Colegio de Ciencias y Letras

Después de caminar varias noches con sus días, llegué a ese sitio inolvidable, extraño. Su cielo vasto y rojizo me hizo sentir la alegría de lo bueno y de lo bello de la naturaleza, y no sé por qué me sentí feliz, extraño. Observé los frondosos árboles frutales, las flores, el sol, y sentí dentro de mí una necesaria y olvidada paz. Todo me parecía hermoso.

Continué caminando por este sitio y me encontré de repente con un ser horrible, despreciable. Tuve miedo. No podía comprender cómo era posible que en ese lugar tan bello me encontrase con un ser tan horrendo.

Estaba aterrado. La presencia de ese ser me provocaba pavor y repugnancia. Su piel era tan áspera como la de un cerdo, pero ésta de color negro. Tenía la cabeza como luna cortada, los ojos negros y hundidos, la nariz prominente, y de su boca escapaba una lengua que era como una lombriz de color amarillo vivo. Quizá por mi mismo miedo o por una raíz de su costumbre, no lo sé, el monstruo me persiguió. Corrí. A mi encuentro salieron otros tres monstruos más. Mi miedo crecía. El sudor corría por mi cuerpo. No tenía alternativa. Estaba atrapado en aquel infierno de belleza, en el más hermoso lugar que hube antes conocido.

Por la noche sólo pude observar la luna y las lenguas largas de color amarillo que venían hacia mí. No pude más y grité, grité para pedir ayuda sabiendo que no habría tal.

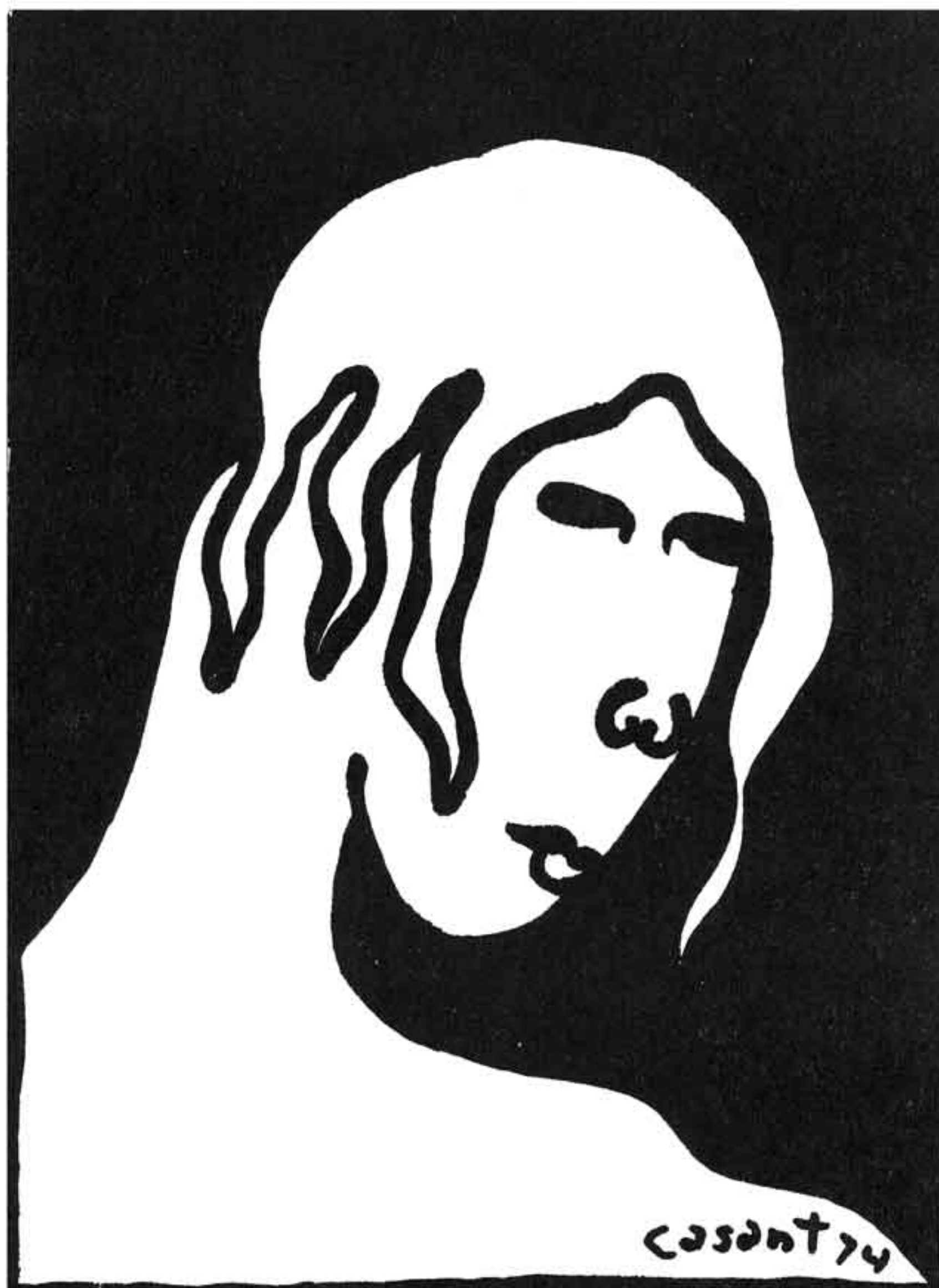
No imaginaba siquiera lo que pasaría, pero cada vez sentía y observaba cómo aquellas lenguas se acercaban más. Al tocarme me quemaban y mi desesperación era cada vez más grande. Sobre mí se abatió una paralización total y sentía cómo poco a poco se estiraba mi lengua. Comprendí que me estaba transformando. Me sentí asqueroso, cobarde, pero en aquellos momentos de suprema tensión, prefería morir a que mi lengua fuera igual a la de una de esos seres, que eran para mí los más horribles y repugnantes que hube hasta ese momento conocido.

Me asqueaba de mi aspecto; parecía por momentos volverme loco. Corría de un sitio a otro y observaba la belleza del lugar, y era aún más difícil para mí comprender la fealdad de mi asquerosa lengua y lloré. Eran lágrimas de desesperación y dolor.

Me di cuenta de que no podía hablar y vi la lengua, y en un arranque de histeria la arranqué, la arrojé lejos, y allá, allá fui. La pisé y sentí el dolor como si aún estuviera dentro de la boca.

Poco tiempo después llegaron unas personas, gentes que eran tan bellas y perfectas como aquel lugar, y me alegré tanto de volver a verlos que corrí hacia ellos y al querer hablarles, recordé que mi lengua la había machacado yo mismo y volví a llorar: para aquellos hombres yo no era sino un monstruo más.

Lo peor sucedió cuando me di cuenta de que venían a acabar con nosotros, los monstruos. Mi desesperación llegó al máximo, y me moví, salté, grité como loco, y por parecer el monstruo más rebelde y peligroso del lugar, fui al primero a quien los hombres dispararon sin piedad.



LA CASA INCAUTADA

Juan Fco. García S.

Facultad de Filosofía y Letras

¡Si los días fueran tal como son las noches! . . . El ni se imaginaba, pero todos aquellos que por una razón y otra lo conocían sabían de su interior. Costaba trabajo llegar hasta él

costó trabajo
no fue fácil
difícilmente
definitivamente no se podía
la imposibilidad
su carácter
una manera de ser
sus poros

respirando impaciencia. . . Bajó la hondonada, y siguió el camino de largo. “Los días son como las noches” —oyó una voz—

los días largos
tediosos
gris
del cielo
durante el día
la lluvia
cayendo a cántaros
días inundados y
luz de día
extinguiéndose

la sombra de su cuerpo por el camino. Llegó a su casa. No encontró las cosas en su lugar, es solamente una transposición de afectos —pensó. No pudo hablar. Aspiró el aire profundamente, pues quería explotar. Imaginábase todas las partes de su cuerpo esparcidas por ahí entre las cuatro paredes de su cuarto

de paredes lisas
el cielo
cuarteado de estrellas
rincones oscuros

orinales pestilentes
blancas paredes
sólo cuatro
sólo cuatro

el otro, el cuarto, su amigo sin embargo lo esperaba. No era aquel amigo, sino el otro. Sí, era aquel otro, remoto, ahogado en una lejanía palpitante y rediviva. El otro circundaba las orillas de su vida, cuando la vida había sido inquieta y jugaban las piernas sobre la cama. Entonces había flores que perfumando la estancia la tornaban llevadera. Pero el otro, anterior a aquel otro, llegaba como un potro desbocado. Nadie se atrevía a poner freno a sus días, y ni qué decir de sus noches

sus largas piernas
desbocadas
el moho
de los frenos
pero llevaderos
atreverse

y no querer

no querer confundir la oscuridad. Atreverse a mirar su propio cuerpo reflejado en los espejos así de alto, porque sí lo era, sus espaldas eran un descaro público, su cintura una descarga ondulante. . . Estoy en el décimo piso de un hotel sin sobres para escribir

las olas del mar
ancho papel
semejantes
donde ni tú ni yo
por vergüenzas
no escribimos
ofenderse
quemarse y luego
ahogarse

tú, durmiente a mi lado con una pequeña separación de libros. Veo tus piernas entre las páginas deslizarse como entre sábanas imaginarias. Voy a las sogas y quito ropas sucias. Te busco, pero no puedo encontrarte. Sólo escucho el azotarse de las sogas contra las piedras

sogas rompiéndose
camisas
inundadas de espermas
tener el viento
teniendo la luna
piedras azotarse
piernas largas
colgantes

suspirantes

así llegaste al décimo piso de este hotel sin sobres. ¿Dónde poner tu nombre? ¿Tu nombre María Ceferina?

María Ceferina
nombre serpiente
nombre águila
nidos hundidos
prevaricadora
velos bajos
mujer
sueños largos

el cuerpo dando tumbos
polvo polvo
tierra tierra

¿Dónde poner tu nombre? . . . Despertó. Recordaba la hondonada. Mas era el sueño. Las orillas del edificio alzábanse orgullosamente. . . Al décimo piso —dijo la mujer. Era rapiña con nombre de Capistrana. Era un eco patronímico de Krapp. Ella abrió la puerta, diciendo que la historia de todos iba pegada a su piel presumiblemente hecha de ecos. El bajó la vista y encontró un reguero de agujeros en el suelo, de hendiduras porque era presunción desear ser el eco del ave de rapiña. . . Ella estaba allí, entre rosas, Capistrana, con cadenas mohosas adheridas a su condición animal

la herida
vivía
muerta
la herida
latente
hendidura
y agujeros
dejaron
no fueron
llegaron
hediondos borrachos
sífilis
amores repletos

y entre ellos Daniel buscó la niebla. En una esquina encontró al viejo tembloroso, haciendo labor de zapa; quedó pensativamente reclinado. ¿Este viejo de madre es el padre y autor de mi vida? Mi padre cosechando petróleo. Quemando sobrantes. . . Estoy aquí —dijo ella— para recordarte deberes olvidados. ¡No medites! . . . ¿Qué me dices? No medites —contestó Daniel. Ni la boca puedes abrir puesto que la tienes prestada, o puesto que prestada la tienes, Capistrana. No me engañes. Mía no es la culpa, sino tu anhelo de volver lo fugaz eterno. Daniel buscó la niebla, para de nuevo en la esquina encontrar al viejo tembloroso, trapacero, como jugando a las embajadas. ¿El padre y autor de mi vida? ¡De mi vida! —dijo Daniel. Mi padre cosechando petróleo. Quemando sobrantes. Estoy aquí —dijo ella— para recordarte deberes que has olvidado. No medites. . . ¿Qué me dices? —contestó Daniel. No medites. Su voz. Ni la boca puedes abrir, puesto que prestada la tienes Capistrana. No me engañes. ¿Por qué quieres reseca mi vida? ¿Por qué quieres que camine por el polvo, por donde nadie camina? Señor, de los cielos ¿dónde estás? ¡Dónde estás!

Nubes oscuras, Capistrana
nubes tiesas Capistrana

Capistrana

detrás del edificio. Este edificio gris junto a la playa. Prefiero caminar solo, aunque eres buena, yo sé que te confundes con la misma playa y que a veces hasta sientes que eres el mismísimo mar rugiente. No tengas celos. María Ceferina se ha quedado muy atrás entre escaleras del edificio gris. Te cuento que en sus peldaños, en sus escalas se ha puesto a comer sus pastitas, largas lengüitas caminando por su boca que a base de artimañas, María Ceferina mantiene mojada para seguir prevaricando y comer de su misma sombra. . . ¡Soy Daniell ¡Soy Daniel, vieja prevaricadora! ¡Soy Daniel, vieja rata de embajadas presidenciales! . . . El mar arrojó una rosa solitaria y sin color. Daniel desde la ventana del edificio, edificio que da a la playa, contempló en

silencio a los muchachos orinando en fila. Orinaron en fila surgiendo amores delicados bajo el amparo de la luna y de las olas del mar enojado. . . Daniel cerró sus ventanas, tal vez envidioso. Allí en el centro lo esperaba La Capistrana. ¡Qué afán de llevar el vientre abultado! —se dijo. No te quiero, mujer águila-serpiente. ¡No te quiero, rata de embajada! Yo, Daniel, caja cerrada seré para ti. Yo, Daniel, tendré para ti las piernas cerradas. Mas el amigo llegó. Y era el otro que llegaba sediento, anhelante, ansioso de algún calor. Se miraron a los ojos y encontraron el cielo y la tierra y todo el mundo hecho bolas restregándose las caras

abiertas
las piernas
tuyos orinales
míos olvidados
del río
los puentes
levantados
costumbres
viejas
de amores

así somos tú y yo. Tú y yo cantando a las plantas. Tú y yo cantando a los puentes de los ríos. Tú y yo surgidos del espacio vacío, pero colgante y trepidante al cielo de tus ojos, corriendo y cantando donde el agua se estanca

amor y
estaca
algodón y
muslos almidones
badajos duros
campanas en la noche
campanas tu cadera y mi cadera

macizas golpeando en tu potro y el mío. Donde el cielo se cubre de luna y la tierra llena de flores orgullosa nos mira y mira cabalgar. . . Estoy aquí —dijo ella— para recordarte deberes que has olvidado. Daniel, eres viajero en tu ciudad. Has olvidado tu camisa. Estoy aquí para recordarte lo que has olvidado. Ponte tus zapatos. Olvida los puentes de los ríos. Soy tu mujer. El respeto lo exijo. No quiero que me lo debas para después

camisas
desechos
espermas eructando
vacío vacío
los puentes
el río el río
zapatos
tu camisa

y tu pelo y mi pelo muy juntos, las sienes envolviéndose en el ensueño de una nube pasajera. . . Hasta aquí supo que soñaba. Hasta aquí supo que moría. Porque ella, la de piel de eco y pico de ave, lo acechaba. Temblorosa por saberse rechazada, rompió ventanas para estar con él y besarlo en la boca. Daniel el de la camisa olvidada, se limpió con ella los labios. Labios que habían besado el sol en una noche oscura. Mientras tanto María Ceferina a lo lejos desdibujada en el peldaño de la escalera esperaba. . . Sus respiros inundarán el mundo —pensó Daniel— desde una ventana. . . Si se juntan las dos, llenarán de lodo mi muerte. Tú y ella. Ella y tú, ella y la otra cambian muy poco y quieren mucho. Acudió el cuarto.

Acudió el otro y salvarlo pudo de aquel desastre. Ahora en el edificio gris estaban tres de visitas. Y no obstante era el cuarto con amores escondidos quien realmente llegaba sudando

jadeante
llegabas
sudando
sol
¿dónde?
irse venirse
esquinas
de las puertas
remachadas
tus ojeras

preferible es al cuarto olvidar

Las visitas habían llegado con el galope que trajo el viento del mar. Por todo el piso había un enjambre de peces que también había traído el galope del viento del mar. Peces que más bien parecían escorpiones y allí entre ellos un viejo marinero enfermo de escorbuto. Las gentes del pueblo vecino llegaron empujados por la curiosidad de conocer aquellos animales que nadie se atrevía a darles un nombre. Diamantina llegó con ellos. Era una dama muda que se tragó las palabras en agosto, cuando vio a su hijo montado en un potro blanco. Pensó que ella solamente lo sabía, pero luego cayó en la cuenta que todo el pueblo lo había visto trotar por las calles. Y se quedó muda. Daniel desconcertado no hallaba dónde acomodar a tanta gente. Doña Paula le recomendó que cambiara su casa por otra más amplia para que estableciera un circo. Doña Paula, vieja adivinadora que vivía entre las malvas había cambiado mucho desde que regresó de Madagascar. Allí se le pegaron dos makis en su trasero y no tuvo más remedio que traérselos a su pueblo. Para estos días, ellos ya habían muerto. Fue entonces cuando Daniel reparó en los agujeros de sus zapatos. Desechó tan disparatada idea y cerró las ventanas para que nadie dijera que ahí habían muerto por malfarios. No obstante por las rendijas llegaba el olor de mar y el sabor de sol. Nadie quería marcharse, pues temían dejarlo solo con esos peces tan extraños. La mayor preocupación era el marinero enfermo de escorbuto. Se lo comerán los escorpiones —decía el pueblo. Sin embargo llegó la noche y en su cuarto encontró mariposas, mariposas pequeñas que salieron volando por las rendijas. Me quedo solo —pensó. Ahora podría quitarme hasta los zapatos. Por la arena de la playa quedaban las huellas de sus pies tan planos como los días de agosto. Sobre la roca se puso a contar cangrejos, mientras arriba el cielo se iba quedando sin estrellas. La mujer llegó nuevamente a recordarle sus deberes. Daniel bajó la vista y allí estaba de nuevo aquel reguero de agujeros sobre la roca. Era una piedra comba en su base que lucía un color verdoso. La piedra estaba hastiado, pero no tenía salvación. La mujer no era, no había estado. En realidad fue el marinero enfermo de escorbuto con su metro ochenta y cinco quien se estiró para encender una pequeña hoguera y comer algo caliente, puesto que sus calenturas no podían ser de otra índole. Alargó sus piernas y sus pies cayeron sobre las de Daniel. Las confundió con las rosas que arrojara el mar y se los comió a besos. — ¡Qué extraño amor! —pensaba el marinero. Se quedó dormido tranquilamente. En sueños descubrió que los besos regalados eran una costumbre del país, casi ya una tradición. Y soñó con agosto, donde Paula, vieja adivinadora, lo conducía de la mano hacia el orinal. Daniel regresó al décimo piso cansado tal vez de tantos ensueños extraños. Se despojó de toda su ropa y fue allí donde se dio cuenta de la tremenda fuerza que llevaba en medio de las piernas. Sorprendido encontró que aquello era semejante a la torre de

Pisa. Navegó por toda Italia aferrado a su torre, y concediendo acceso a todo aquel que se animara. Paula se acostó a su lado para contarle al oído aquellas cosas de Madagascar. Cuando era niño —pensaba Daniel— ni siquiera una vieja se acostaba a mi lado. Ahora tengo hasta una adivinadora. El otro, no aquél, sino el anterior viajaba dentro de la nebulosa. Llegó la lluvia y agosto trajo a los pájaros perdidos. Con ellos y al frente de las nubes llegó un capitán buscando al marinero enfermo de escorbuto. Nadie sabía dónde encontrarlo, pues no conocía ni su nombre. Algunos decían que se había ido con los escorpiones. Otros decían que se había robado las mariposas. Un chupamirto aclaró la duda. Se había marchado con aquella rosa solitaria que una mañana surgió del mar. La verdad no la conocieron hasta mucho después, cuando por la tarde llegó una carta sin destinatario. Se escandalizaron tanto los señores del correo, que decidieron ponerla en lugar visible para que todo el pueblo se enterara de aquellas barbaridades.

El capitán sacó su cargamento de escarabajos buenos para el mal de ojo y un ancla para vivir en tierra. Ni lo uno, ni lo otro quisieron comprar. Eran hombres de agua, tan bellos que tenían sus amores en el fondo del mar. El capitán permaneció largo rato ante la casa del correo mirando de soslayo la carta de marinero perdido. Los que lo vieron dicen que estaba llorando. El pueblo comenzó a inundarse con su llanto. Al atardecer las calles, todas, habían desaparecido. Los hombres andaban errantes en su propio pueblo. El capitán pensó, no sin tristeza, en su ancla que nadie quiso comprar. El llanto siguió subiendo. Desde el décimo piso Daniel contempló cómo su pueblo se iba transformando en sábanas blancas tendidas al sol. Doña Paula, vieja adivinadora, invocó con sus silencios. Vino Ariel, y el viento ahuyentó las aguas, pero dejó residuos de hombres que no respiraban. Nadie, temeroso de una segunda catástrofe, quiso derramar una sola lágrima. Es la Providencia Divina que así nos castiga —decía doña Paula desde los silencios, envolviendo el ambiente con una densa capa invisible. Tal vez sean los recuerdos que andan revoloteando por todos lados. Desgarrando los recuerdos y el ambiente. — ¡Me muero! ¡Me muero! —gritaba el capitán que aún continuaba anonadado por aquella carta que solamente él conoció. No te desesperes, capitán. Son los malos tiempos que corren por estos rumbos. Ya pasarán. Todo se va yendo —continuaba doña Paula. A mí hasta la risa se me acabó. Todos sabían que la vieja había sido casada con un jorobado. En la cama, el pobre no pudo hacerle nada. Solamente le ponía la mano encima, y la Paula joven se moría de la risa. Una noche fue tanta la risa que le causaran las manos del jorobado, que éste hastiado ya de ella, se enamoró de la larga distancia y desapareció para siempre. Ella lo tenía previsto, y fue feliz en su soledad. Pasó el tiempo y con él vino el pensamiento de que lo mejor sería integrarse al grupo de los cirqueros, para ir de pueblo en pueblo adivinando suertes y vendiendo agua de rosas.

Hasta que, vieja pero feliz, se quedó a vivir en este pueblo en medio de las soledades. El aire caliente pronto la envejeció, volviéndola enjuta y etérea. Confundía a muchos con su presencia, de ahí el apodo de: Paula La Maga. Ella sencillamente adoptó el aire de la indiferencia, pues lo mismo le daba agua que tierra. El capitán moría ante la casa del correo como mueren los hombres del mar: de amor. Murió allí, donde no hay palabras ni para explicar la muerte, menos aun para explicar aquel amor tan extraño. — ¡Tus ojos! ¡Tus ojos! ¡Vida, no me dejes! —vociferaba el pobre capitán agónico. . . No seas gallina —replicó doña Paula—, en tu lugar, es cuando ya ni ojos, ni vida, ni nada se siente.

Otra vez vinieron las lluvias. El sol de agosto andaba perdido. A Daniel nadie

lo había visto. Los lenguaraces decían que ya llevaba dos martes encerrado en un burdel. Otros que no, que los dos martes los vivía en retiro espiritual. La verdad vendrá del cielo —sentenciaba doña Paula—, cuando la tierra esté seca, alguien traerá el aviso. Al atardecer frecuentemente se veía a una mujer enlutada caminando por el pueblo. Sí, allí estaba por todas las esquinas, con el rostro cubierto y con las manos pescando el vacío.

Por la orilla de la playa, por el sendero que conduce a la roca, va Daniel buscando los ojos del otro, de aquel que jamás le dijo una palabra. De aquel que solamente miraba las cosas de soslayo, de aquel sempiterno que jugando a las escondidas se perdió en los recovecos de una calle. Por fin se encontraron bajo un farol. Ambos desaparecieron adentrándose en las aguas del mar. La Capistrana los seguía enarbolando una sarta de deberes que sólo ella conocía.

Las aguas bajaron. La lluvia se fue. Todo volvía a la tranquilidad. El sol en medio del cielo, brillaba intensamente. Todo había sido un puro soñar. Las orillas de la playa atestadas del desperdicio que arrojara el mar, estaban desiertas. Ni un alma se veía por aquellos rumbos. Nadie allí habitaba. Sólo los sueños. Sólo los sueños que andaban vagando por el espacio recogiendo algún alma en pena para hacerla mirar su pasado. En medio de la noche, a veces hasta bien entrada la aurora, aquello era una bola rodante de lamentos. Las voces, o lo que de ellas quedaba, venían a estrellarse en las orillas llenas de mugre de la playa abandonada. El décimo piso también había sido un sueño. Allí nada existía.

Por haber amado lo imposible, por haber trasgredido la línea. Por haber mirado unos ojos. Por haber intentado besar una boca en llamas. Por haber querido sentir el agua de esta playa. Por todo esto, la casa de mi cuerpo ha sido incautada.

Por intercambiar indiferencia por ternura, la casa de mi cuerpo ha sido incautada. Por quererte amor, bajo las nubes, por quererte amor, sobre esta tierra, la casa de mi cuerpo ha sido incautada.

